

## EL EJERCITO Y LA NACION



ALBERTO ZALAMEA B.

Si existe en la historia una época en la cual se haya jugado con el significado de las palabras y se las haya utilizado tanto y tan impunemente en contra de sí mismas, es esta que hoy vivimos.

Colombia no ha escapado a esa tendencia, que parece ser una de las características del siglo XX: el irrespeto a la palabra y su dignidad propia, el miedo a la inteligencia, el terror a la crítica, la negativa a escudriñar la realidad de los hechos, truncados o escamoteados por los adjetivos brillantes y engañosos.

En Colombia una de las instituciones sobre las cuales se ha querido, desde siempre, lanzar esa cortina de humo es el Ejército, nuestras Fuerzas Militares.

Durante lustros ha sido costumbre inveterada, táctica básica de una amplia estrategia, mantener alejados a los miembros de los institutos militares de las auténticas preocupaciones nacionales. So pretexto de una "apoliticidad" y una "politicidad" mal entendidas y peor definidas, las Fuerzas Armadas han permanecido demasiado tiempo al margen de la Nación.

Pero no es esta una crítica particular a Colombia. Más extensa, engloba a numerosos países donde la clase dirigente no ha comprendido aún los

imperativos que la transformación técnica de los ejércitos plantea a la sociedad contemporánea. En Francia, por ejemplo, según el "Centro Católico de los Intelectuales Franceses", en palabras aplicables a nuestro país, "el Ejército ha sido frecuentemente abandonado a su inspiración propia, sin recibir del Estado, de la opinión pública y de las otras fuerzas vivas de la Nación el impulso y la orientación que no deberían haberle faltado".

Por mi parte, creo que ya es hora de que, dentro del gran debate nacional (por infortunio solo planteado en la conciencia de algunos ciudadanos imposibilitados momentáneamente para hacer conocer sus ideas de la mayoría de sus compatriotas) se abra el capítulo de la naturaleza de las relaciones entre las fuerzas militares y la nación.

Cuando yo era Director de Semana, publiqué un llamamiento al Clero y a las Fuerzas Armadas. Decía entonces:

"El Ejército posee una tradición gloriosa: hoy está en juego su honor, su razón de ser. Es ésta una batalla definitiva (la pacificación nacional). Si no cuenta con los elementos necesarios para recobrar la paz y la justicia, sus jefes están en la obligación de hacérselo saber al país, para que este autorice al Gobierno a entregarle los ins-

Etienne Borne, en un notable estudio sobre "Ejército y Democracia" señala que las Fuerzas Armadas de su país (Francia) necesitan "una mística y una política", y agrega que "el Ejército, o al menos aquellos de sus representantes que piensan clara y justamente, saben que solo la mística de la libertad puede oponerse a las ideologías totalitarias".

Pero para que esa mística ("valor de la persona, sustitución del debate al combate, libre adhesión de una comunidad a su destino político") tenga alguna posibilidad de concretarse deben realizarse ciertas condiciones. "Ante todo, dice el coronel G. de Villiers de L'Isle-Adam, tal libertad debe valer la pena... Y también hay que explicar lo que es la libertad, pues con demasiada frecuencia se ha perdido el valor de esta noción o se ha olvidado su sentido profundo en beneficio de la glorificación de libertades simplemente formales. Sostener, por ejemplo, una independencia política aparente de ciertos pueblos y confundirla con una verdadera liberación humana de los individuos es convertirse objetivamente en el aliado de la URSS en su empresa de dominación tiránica".

Lo cual es exactamente lo que está ocurriendo en varios países de la América Latina.

De ahí la importancia de "repensar la condición militar", según las palabras del oficial que, bajo el seudónimo de **Calender**, escribía en 1958 en la francesa **Revue de Defense Nationale**: "Repensar la condición militar supone ante todo una toma de conciencia de la realidad total del hombre y de su encarnación en la historia. El militar puede recusar esta reflexión pretendiendo que, extranjero a las contradicciones dialécticas, su acción

comienza cuando cesa el diálogo. Sucumbe entonces a la tentación de no ser sino un útil, a la tentación de la simplicidad, huyendo de la complejidad creciente del mundo donde está su misión. Ciertamente, si el siglo XIX creyó en la edad de oro gracias a las conquistas científicas, hoy sabemos que todo "progreso" implica nuevos controles cada vez más fuertes y más exigentes. Muchos, angustiados por estas nuevas servidumbres y temiendo el desencadenamiento de procesos incontrollables, querrían un imposible retorno al pasado. El militar tiene, más que ningún otro, el deber de no batirse en retirada y de afrontar las realidades de hoy".

En otras palabras -de otro oficial francés- las Fuerzas Armadas deben concebir su misión no como "la defensa de una caja fuerte donde los billetes se desvalorizan" sino como "la construcción de un mundo habitable".

Naturalmente, una toma de conciencia clara de las Fuerzas Armadas no le conviene a ciertos núcleos de traficantes ni en Colombia ni en ninguna parte. De ahí el oscuro silencio con que la prensa rodea los temas militares. De ahí la necesidad de que se restablezca el diálogo entre el país y sus instituciones armadas, y se recuerde que los móviles materiales con que se ha pretendido, durante tantos años, corromper su imaginación, no bastan, y que el mismo materialismo dialéctico ha dictaminado en la práctica su propio fracaso filosófico al hacer un constante llamado a móviles éticos e intelectuales, es decir espirituales.

Esos móviles espirituales deben integrarse en una política generosa, amplia, abierta, que reconozca la existencia de un interés nacional, de un destino nacional, y que clarifique la prodigiosa confusión de hoy.